

“

Uno sabe que esta es un área endémica (la vía al mar) porque los compañeros del Batallón lo cuentan. Por eso, es cuestión de suerte no terminar picado, asegura Jhon Jairo Daza, otro soldado profesional que resultó contagiado y hasta hace unos días permanecía en Buga, mientras termina el tratamiento médico.

Patologías tropicales emboscan a soldados

CALI, COLPRENSA, EL PAÍS. Según el Ejército Nacional, el año pasado el número de casos de Leishmaniasis se incrementó en 391% en comparación con los reportes de 2003.

Altos mandos aseguran que estas patologías no afectan la operatividad militar y el compromiso en el campo de batalla debe continuar.

La situación se complica cuando hay hombres enfermos en pleno campo de batalla, porque les dan mareos, fiebre y, como están demasiado débiles, no pueden caminar solos; en esas condiciones, a sus compañeros les toca llevar el equipo y las armas. Nos quedamos entonces con menos hombres y con otros con pocas posibilidades de maniobra.

Ni el fusil galil que portaba en sus patrullajes por el kilómetro 23 de la vía al mar, ni mucho menos los arduos entrenamientos militares, le sirvieron de protección al soldado profesional Niywond Calvache, para evitar el ataque de un enemigo tan peligroso y escurridizo como la guerrilla: la Leishmaniasis.

Se trata de una enfermedad que visita en un insecto con más nombres que variedades —se le conoce como pitó, jején o quemador— con la cual se libran intensos combates en el campo de batalla y puede mandar a la cama desde un soldado raso hasta un general de la República.

A Calvache, el mal se le manifestó como una “simple roncha” que le produjo rasquía, pero pronto debió ser trasladado al Batallón Pácor, de Buga, para someterse a un tratamiento con glucantime, un medicamento propio del botiquín de los militares.

Ex tal la importancia de

este medicamento, que el Ministerio de Protección Social gasta cada año alrededor de \$10.000 millones para su adquisición.

“Uno sabe que esta es un área endémica (la vía al mar) porque los compañeros del Batallón lo cuentan. Por eso, es cuestión de suerte no terminar picado”, asegura Jhon Jairo Daza, otro soldado profesional que resultó contagiado y hasta hace unos días permanecía en Buga, mientras termina el tratamiento médico.

No es el único enemigo

Pero la Leishmaniasis no es el único enemigo de la salud de las tropas.

Las enfermedades tropicales abundan en gran parte del territorio colombiano y en cualquier momento pueden atacar contra los actores del conflicto.

Así que el paludismo, el mal de chagas y la fiebre amarilla, también podrían considerarse como otras enfermedades de la guerra.

Aunque la población civil no está exenta de padecerlas, las tropas son las más propensas por las condiciones en las cuales desempeñan su trabajo: selvas húmedas con temperaturas cercanas a los 37 grados centígrados.

De hecho, a principios de mayo pasado, el general Carlos Alberto Fradeja, jefe del Comando de Tarea Omega y encargado del Plan Patriota, que se libra en el sur del país, fue hospitalizado, aquejado de paludismo.

Las cifras

Los más recientes informes del Ejército Nacional sobre la situación de la salud

LOS MÁS recientes informes del Ejército Nacional sobre la situación de la salud de las tropas, dan cuenta de 3.163 casos de Leishmaniasis cutánea, durante el 2004. Esto significa que el índice aumentó un 391%, si se compara con los 808 casos del 2003.

de las tropas, dan cuenta de 3.163 casos de Leishmaniasis cutánea, durante el 2004.

Esto significa que el índice aumentó un 391%, si se compara con los 808 casos del 2003.

El incremento coincide con la ofensiva militar que se desarrolla en Caquetá y Putumayo.

Tampoco es un secreto que así como las tropas ven disminuidas sus fuerzas con estas dolencias, los grupos armados ilegales también sufren a causa de ellas.

En Caquetá, por ejemplo, en fecha reciente la guerrilla se llevó 25.000 dosis de la vacuna contra la fiebre amarilla, que al parecer se perdieron al no mantener la cadena de frío necesaria para su conservación.

Prueba de resistencia

“La situación se complica cuando hay hombres enfermos en pleno campo de batalla, porque les dan mareos, fiebre y, como están demasiado débiles, no pueden caminar solos; en esas condiciones, a sus compañeros les toca llevar el equipo y las armas.

Nos quedamos entonces con menos hombres y con otros con pocas posibilidades de maniobra”, dice un joven

que prestó servicio militar en el fuerte amazónico.

En los casos de paludismo, no es necesario sacar a los uniformados del área de operaciones, pero cuando hay enfermos de Leishmaniasis se requiere un tratamiento médico fuera de la zona.

Según el Ejército, el tratamiento no supera por lo general cinco días, pero hay situaciones en las cuales es necesario destinar un mes de recuperación, tiempo durante el cual los uniformados se dedican a labores administrativas dentro de los batallones.

“A los soldados que son evacuados por razones de salud, nadie los reemplaza en el lugar de operaciones”, insiste el joven reservista.

Además, en ocasiones se corre el riesgo de que el reclutamiento de los militares no sea óptimo, si se interrumpe el periodo de recuperación, sostiene Alison Sombrerero, del Centro Internacional de Entrenamiento e Investigaciones Médicas, que presta asistencia en tratamiento de patologías tropicales.

“Más aún —expone la médica— si se tiene en cuenta que el suministro de glucantime trae consecuencias como debilidad, dolores articulares y musculares, pérdi-

da de peso y del apetito”.

Hay bajas

El general [r] Harold Bedoya reconoce los problemas que las enfermedades tropicales conllevan: “Tanto la Leishmaniasis como el paludismo son muy difíciles de curar y los soldados se ven sometidos a tratamientos que implican sus retiros de las operaciones y las secuelas. De cierto modo estos males producen bajas”.

Las cifras le dan la razón a Bedoya: Durante el 2004, 3.695 militares fueron evacuados de distintas regiones del país, por estas dos dolencias.

No obstante este panorama, el comandante del Ejército, general Reinaldo Castellanos, afirma que pese al número de hombres afectados, el compromiso y la operatividad de la tropa en el campo de batalla no disminuyen.

De cualquier manera, los soldados saben que cuando se internan en las selvas no sólo deben enfrentar a la guerrilla y los grupos de autodefensas, sino a enemigos —algunos de ellos del tamaño de un zancudo— que resultan tan peligrosos como los armados ilegales.

AGENCIA VANGUARDIA LIBERAL